



LA CRUELDAD COMO SOCIOPATÍA Y SU INFILTRACIÓN EN LOS DISPOSITIVOS ASISTENCIALES (1)

Fernando Ulloa

Trato de no llamar "conferencias" a estas presentaciones, porque ocupan un lugar especial en mi intención de avanzar en la conceptualización de un tema por cierto milenario como es la crueldad. Después de la experiencia particularmente dura que fue el peritaje para el juicio sustanciado con el Juez Bagnasco, por el apoderamiento de los hijos de desaparecidos, pensé que un modo de elaborar la cuestión era, precisamente, explorarla, investigarla a través de sucesivas presentaciones que serían otras tantas avanzadas en el tema.

Pero a medida que esto se fue cumpliendo -ya estoy aproximadamente en la cifra que había previsto en un comienzo-, la cuestión se me hizo paradójicamente más difícil porque hay ciertos aspectos que tienen mucha pregnancia y como no quiero transformarme en un especialista de la crueldad, me satura repetirlos una y otra vez.

Preparo cada encuentro procurando darle al tema una vuelta más, pero también adecuándolo al público al que me diri-

(1) Conferencia del 13.10.01 en el CCGSM - Sala Lugones A

jo, con una intención que es en principio la de abrir un debate. Y sin embargo, es un tema ya tan infiltrado y saturante que me vuelve a ocurrir con él algo que sucedía en el comienzo de mi trabajo con las instituciones, hace casi cuarenta años atrás, en ese campo que dí en llamar de la *numerosidad social*, apuntando a un más allá del uno a uno de la práctica psicoanalítica habitual.

En ese campo, efectivamente, después de haber dado un primer seminario cuyo origen sería un poco largo de contar aquí, publiqué casi de inmediato un trabajo... y después, durante los diez años que le siguieron, ya no hubo más publicaciones. Esto ocurrió quizá porque cada vez que trabajaba con un grupo -hospital, cátedra, escuela-, advertía tal vez algo que era un anticipo de esto que hoy señalo como la crueldad, el modo según el cual la tragedia está siempre presente, larvada o explícita. Y como soy desde mi adolescencia un actor frustrado, probablemente compensé esa frustración trabajando precisamente con la tragedia.

Después de cada reunión con alguno de esos grupos, me sentía muy conmocionado. Pero cuando quería volcar por escrito esa experiencia, no lograba dar cuenta sino de un pálido reflejo de lo que allí había ocurrido. Necesitaba ser Sófocles para traducirlo. Entonces montaba nuevamente el tinglado, volvía al trabajo grupal. Esto se reiteraba al punto tal que llegué a considerarme el analista más encontrado, sino el más convocado, porque siempre decía que sí.

Transcurridos esos diez años, un buen día me pongo a escribir. También cae por fuera de los tiempos acordados aquí considerar cómo llegué a hacerlo, pero el texto precisamente llevó por título "Diez años de práctica institucional". Y tiene

que ver con el tema de la crueldad en la medida que allí digo, desde el comienzo, que ese recorrido comporta dieciocho fracasos. Las experiencias habían sido muchas más, pero entre ellas había esas dieciocho que yo situaba como fracasos.

Después, hablando con la gente, con quienes recordaban tal o cual trabajo en alguna de esas instituciones, me di cuenta que en ese tipo de contextos tan infiltrados por la crueldad, pretender erradicarla es un imposible -y por consiguiente, no puede sino comportar una derrota.

Al respecto, me viene a la memoria un reportaje que le hicieran hace poco a Bobby Fisher, el talentoso ajedrecista. Él mencionaba allí un texto que por mi parte había intentado leer y que sólo con esto que él decía ahora se me aclaraba un poco. El libro se llama "Mis sesenta mejores partidas incluyendo varias derrotas" y pone a la derrota en la perspectiva del costo de una tarea imposible, que tal vez deja de serlo en función del intento mismo de realizarla. Así, la derrota sufrida procurando abordar la crueldad instalada en las instituciones o la que acompaña a la civilización como tal, en su núcleo imposible de simbolizar -ese par de opuestos civilización y barbarie perfilado ya en el origen de los tiempos-, es el precio a pagar para avanzar algo en la simbolización de ese real imposible. En este sentido, tal vez una forma pequeña de esa derrota la constituye el debate que nunca hice. Y otra, la escritura por hacer.

Ateniéndome a la primera parte del título -referida a la crueldad en términos de sociopatología-, voy a abordar una descripción un poco fenoménica del problema, para avanzar

luego algunos aspectos de un intento de conceptualización más arduo, donde queda comprometida la metapsicología psicoanalítica, distinguiendo por un lado la *vera crueldad* y por otro -algo que me interesa aun más en estos tiempos-, *lo cruel*. El artículo "lo" da cuenta allí de la neutralización cotidiana de la crueldad, que se instala y opera entre nosotros sin que tan siquiera nos demos cuenta.

La referencia a la cultura de la mortificación, sobre la que no volveré aquí, nos permite situar un aspecto fundamental en lo que hace a la crueldad, como es su estatuto de producción, de construcción cultural. El instinto no es por naturaleza cruel, las explicaciones instintivistas, atávicas de la agresión, en verdad, no explican nada. Puede haber agresión entre las especies, en la lucha por la vida, pero no crueldad. La crueldad requiere de un dispositivo cultural, garantía de algo que le es esencial: la pretensión de impunidad del cruel, pretensión donde encuentra la fuerza que requiere el ejercicio material de la voluntad de infligir sufrimiento, puesto que de eso se trata, no ya meramente del odio fantaseado.

La crueldad sistematizada no sólo requiere de un apoyo logístico como el que representan los campos de concentración, sino además de políticas y metodologías que la sostengan y, en un tercer círculo, de algo que podríamos situar como el equivalente de la represión primaria. Sus cuatro elementos son los secuestros, los escarmientos inexorables, la desaparición de personas y *la pretensión de impunidad*.

Es en el efecto social que todo esto provoca, en el terror, donde se sitúa el cuarto círculo, el de lo cruel. Ya salimos de la tortura, estamos en un registro donde es la mirada la que vela la crueldad y se requiere de un dispositivo que mantenga la petición de impunidad.

En cuanto a *la vera crueldad*, la crueldad mayor, no se limita a la tortura. Puede muy bien reportarse a un padre de familia arrasador, a un sistema político, a la precariedad de determinadas condiciones de trabajo, como las que se dan, por ejemplo, en el gremio de la construcción. Algunas de esas muchas formas están socialmente encubiertas y procuran cierto provecho económico. Se genera allí el saber canalla, discriminador, propio del *vero cruel*, aquél que pretende saber toda la verdad sobre la verdad y discrimina todo otro saber que no coincida con el suyo. Esa discriminación excluye, odia y cuando puede, elimina. Eliminación que a su vez reconoce diferentes grados. Puede ir desde matar con la indiferencia a un sujeto hasta desecharlo como semejante, por no pertenecer a una misma clase o, en una forma mayor, negarle la condición humana, deshumanizarlo. Encontramos un ejemplo de ello en el genocidio al que fueron sometidas las poblaciones indígenas o bien en las víctimas de la represión, consideradas frecuentemente como cosas, aunque esto no siempre ocurra así, puesto que en ocasiones la víctima también puede ser admirada. Pero ya estamos en otra cuestión.

Estos dos rasgos, la pretensión de impunidad y el saber canalla, hacen imposible, en sus formas mayores, que un sujeto de esta calaña se analice o acceda a algún tipo de auxilio psicoterapéutico. Efectivamente, mal puede alguien que rechaza toda ley, aceptar las leyes del oficio. La primera de ellas, en cuanto a la clínica, supone establecer cómo fueron los hechos, para después ir a buscar la verdad personal.

Siempre recuerdo la pregunta que me hiciera una periodista alemana, interesada en saber por qué los analistas que trabajamos en el ámbito de los DDHH no analizábamos torturadores, cuando podían constituir una fuente importante de información. Le respondí que en mi caso bien pudiera ser que estuviera en juego la repugnancia a hacerlo, pero la invité a volver unos días más tarde, para cuando hubiera concluido un dossier sobre la violencia en la clínica que me ayudó a elaborar esto -y a la vez constituyó entonces una respuesta más completa a esa pregunta.

Se trata de algo muy simple, como son las distintas declinaciones del "estar mal".

Está mal quien perdió la capacidad de decisión, ya sea porque otro la usurpó o porque él mismo la perdió, por ejemplo, fumando cuarenta cigarrillos diarios cuando sufre de una angina de pecho. Esta persona, por supuesto, es tributaria del psicoanálisis.

Aunque pueda resultar un tanto infantil hablar en estos términos, podemos decir que es *malo* quien usurpó la capacidad de decisión del otro o de sí mismo. Este "malo", así, entre comillas, tiene remordimientos; la culpa lo lleva a cuestionarse y en tanto acepte las leyes del oficio, es también tributario de un tratamiento.

Estar o ser malo es una condición universal, nos concierne a todos, a diferencia de lo que comporta *ser maligno*. Es maligno quien no sólo usurpa la capacidad de decisión, sino que desde su pretensión de impunidad y su saber canalla, arrasa totalmente con el sujeto. El maligno cae por su propia cuenta fuera de la clínica y es absurdo proceder a un ceremonial de exculpación.

En esta graduación nos encontramos, sin embargo, con situaciones difíciles de diagnosticar y que bien pueden perfilar la orilla de la derrota.

Tenemos entonces dos formas mayores de *vera crueldad*. Una de ellas es la que estoy describiendo como centrada en la pretensión de impunidad. La otra, es la crueldad del *sobreviviente*. Defino como tal a quien, ya sumergido en la marginación y la miseria, tiene como ética la violencia -y todos sabemos la crueldad que puede estar en juego allí.

Pero es importante tener en cuenta que frente a estos excluidos, nosotros no estamos *incluidos*, sino *recluidos*. Lo estamos en función del miedo, del sistema de protección que pretendemos darnos y que hace, por ejemplo, que el alcalde de Nueva York haya ganado su última elección con una sola consigna fuerte: la de recordar a sus conciudadanos que era él quien más cárceles había construido en la historia de la ciudad. Pero nosotros sabemos que la delincuencia no proviene sólo de las clases sumergidas. Tenemos el senado, actualmente, para poner en evidencia otras modalidades.

Las cárceles a las que aludo son las mismas que nosotros nos vamos creyendo... quise decir creando, pero valga el lapsus. Y este delincuente, este *vero cruel*, víctima que la sociedad mata con la indiferencia, hace un retorno en boomerang, violento, desde su propia ética. Se trata de un sujeto que va hacia su muerte matando. Lo esperan, fundamentalmente, tres instituciones: el cementerio, la cárcel o el manicomio. Puede observarse cada vez con mayor frecuencia que si resulta herido, o bien se mata o pide que no llamen a la ambulancia, que lo dejen morir en su ley. En ese punto algo

de su impunidad declina. Sería utópico pretender una garantía en el abordaje de este sujeto desde el psicoanálisis o desde algún auxilio psicoterapéutico, pero no faltan las experiencias en ese sentido, de las que tengo conocimiento a través de las supervisiones de algunos de esos trabajos en las que participé.

La crueldad es una patología de fronteras.

¿Qué quiere decir esto? Hace unos treinta años atrás, en esos comienzos de mi recorrido con las instituciones, empecé a elaborar, sin saberlo, la noción de *ternura*. Se trata de un concepto que no tiene muy buena prensa en el psicoanálisis y acerca del cual Freud no dijo mucho, si bien formuló cosas esenciales, situándola en términos del fin último de la pulsión coartado.

Más tarde, en el contexto del trabajo en DDHH, de los escritos a elaborar para los peritajes, escritos que comportan la exigencia de ser eficaz, la ternura apareció perfilada como la forma antitética y a la vez vecina, contemporánea de la crueldad. Una y otra son producciones sociales.

La ternura se origina en la coartación del fin último de la pulsión en quienes constituyen el entorno más inmediato del niño -la madre en primer término-; esa coartación comporta la referencia al tercero y constituye el escenario de socialización donde el niño pasa de cachorro humano a sujeto de la pulsión. Es en ese pasaje, en esa bisagra metapsicológica donde se ubica la crueldad como patología de fronteras.

Otra manera de enfocar la cuestión supone considerar la crueldad como el fracaso radical de una forma particular de la represión, una represión que no sería ni primaria ni secun-

daria, sino que llamaría *protorepresión*. Para situarla, diría que la ternura es una estación precaria de sublimación que genera, vía la coartación pulsional, dos condiciones. Una de ellas concierne a la madre: se trata de la empatía gracias a la cual, como se dice comúnmente, la madre sabe *por qué* llora el niño. Este saber garantiza el suministro específico: abrigo y alimento. La segunda, es el miramiento; supone mirar con amor, con interés, algo que sin embargo se reconoce como ajeno, aunque haya salido de las propias entrañas. Ese sujeto es otro y el miramiento garantiza su gradual separación a lo largo de los años.

Empatía y miramiento convergen en una tercera condición que resulta, en suma, el fundamento de la ternura, como es el buen trato. Con las resonancias ingenuas que pudiera tener, de buen trato proviene *tratamiento*. El buen trato, el trato según arte, es donación simbólica, aquella que protagoniza no sólo la madre sino todo el ámbito de la ternura; gracias a ella se va estableciendo un lenguaje comunicacional. El llanto, la angustia del niño encuentran allí el suministro pertinente, acompañado de la palabra.

Así, cuando el sujeto alcanza su estatuto de hablante, ya hay una inscripción fonética que ha ido facilitando su estatuto de sujeto pulsional.

Tanto el concepto de pulsión como el de instinto y sus diversas traducciones han sido objeto de un largo pleito entre los analistas, procurando discernir de qué hablaba Freud cuando se refería a uno y otro. Desde mi perspectiva, fundamentalmente clínica, considero importante seguir haciendo la diferencia entre el instinto, ubicado en el polo de la naturaleza, ligado a la condición atávica del sujeto, y la pulsión. Aún

cuando haya en el ser humano un elemental paquete instintivo, filogenético, su precariedad es tal que no garantiza siquiera funciones básicas desde el punto de vista de la supervivencia. Así, el recién nacido no está en condiciones de encontrar sin ayuda el pecho de su madre, por escasa que sea la distancia que lo separa de él. Por el contrario, existe entre las avispas una especie que desde hace millones de años busca una determinada araña, le clava el aguijón, la paraliza, deshova allí sus huevos y las larvas que nacen tienen su alimento asegurado, siempre de igual manera.

Ese paquete instintivo precario del ser humano tiene una fuente somática, un camino y un objeto único, es metonímico, en tanto la pulsión es metafórica. Aún cuando tenga un origen somático, presenta distintas alternativas, gestos diferentes -y por esa vía introduce una precaria metáfora. No voy a desarrollar este punto ahora, pero es aquí donde ubico el salto del instinto a la pulsión, el salto del *loquis*, propio de la palabra.

La pulsión cumple entonces función de bisagra entre el instinto metonímico y todo el polo de la cultura, que podemos centrar en la palabra. Cuando esa metáfora pulsional tiene la ocasión de establecerse, opera según el modo de una protorepresión, delineando fronteras respecto del instinto, en función de las cuales el cuerpo real o el cuerpo biológico se distinguen del erótico. Esta diferenciación no hace desaparecer la cualidad instintiva, sino que da su especificidad al erotismo.

¿Cuándo fracasa el escenario de la ternura? Cuando no hay donación simbólica, cuando en el sujeto pulsional la pulsión ha quedado precariamente establecida, cuando ha prevalecido la producción de la crueldad.

Abro aquí un paréntesis. En ocasión de ese peritaje que me lanzó finalmente a explorar el tema de la crueldad, teníamos que dar respuesta a lo siguiente: ¿Qué le pasa a un niño por nacer, cuya madre embarazada, secuestrada y sometida a tormento, muere cuando el niño nace y éste es entregado a los captores? Teníamos que hacer una conjetura al respecto, algo bastante difícil en el marco de un peritaje de ese tipo, donde carecíamos de elementos sustanciales para responder sobre la base de una situación fehacientemente establecida. Pensemos que se trata, desde antes del parto, de un niño atormentado. ¿En qué condiciones nace? ¿Qué terceridades intervenían allí? ¿Quiénes asistían y rodeaban a la madre en el parto? Las respuestas a estas preguntas ponen en evidencia circunstancias que son la negación absoluta de toda ternura. Establecerlas conceptualmente ante el juez y los fiscales y confrontarlas con la crueldad resultó ser en la ocasión un recurso eficaz en nuestra tarea.

Vuelvo ahora al desarrollo que venía haciendo respecto de la protorepresión, en tanto condiciona el establecimiento y las funciones de aquello que el psicoanálisis conceptualiza como represión primaria, represión secundaria o bien, desde la perspectiva lacaniana, Nombre-del-Padre.

Cuando en esta situación no hay fronteras, no sólo la pulsión mal establecida no constituye una frontera, no coarta al instinto metonímico, sino que lo corrompe, a la manera en que puede ilustrarlo una frase del Martín Fierro. Cuando éste deja la barbarie, el más allá de la frontera y se reintegra a la civilización, encuentra su rancho convertido en tapera y sus hijos dispersos, en tanto el juez que lo condenara se llevó a

su mujer. Fierro jura entonces ser "más malo que las fieras" y tres o cuatro días después mata pulsionalmente, arbitrariamente a un negro. Lo provoca, lo mata y por si esto fuera poco, se burla de él: "... A los blancos hizo Dios, / a los mulattos San Pedro / y a los negros hizo el diablo / para tizón del infierno".

Tenemos allí un ejemplo, en ese propósito de "ser más malo que las fieras", de una pulsión donde no sólo no interviene coerción alguna, sino que opera la corrupción del instinto. Dar cuenta de ella supone un abordaje metapsicológico mucho más complejo de la crueldad.

Otro aspecto fundamental hace a la *condición obscena* de la crueldad. De ella depende, según creo, que resulte tan difícil escribir al respecto aun después de haber hecho un cierto número de recorridos sobre el tema. La figura de lo obsceno que mejor le cabe por resultar la más elocuente es la de un niño que, desde su invalidez infantil, mira cómo los padres miran que él mira. Esta fascinación que reenvía a la escena primaria, puede ser una producción fantástica o un hecho real, pero en todo caso constituye el paradigma de la situación no velada que paraliza y a un tiempo deslumbra. Trabajando con torturados, verificamos como uno de los aspectos de mayor pregnancia, cuyo impacto subsiste años después, es la manera en que el torturador miraba a la víctima, que miraba a su vez cómo miraba él a la víctima, que miraba... todo, el goce cruel de la ejecución de la ternura..., tortura, valga el lapsus, tan terriblemente próximos están un término del otro.

Si quisiera justificar este fallido no faltarían las motivaciones, pero un elemento fundamental lo constituye la que doy en llamar una *patología de la ternura*, también ella obscena. Se manifiesta cuando la ternura deja de lado el miramiento para dar lugar al apoderamiento; hay entonces una mirada que no cesa, que fascina y retiene; hay allí la tentación que evoca el tacto y los tentáculos, donde el chico queda totalmente prendido a la piel de ese cuerpo y ya no tiene chance de hacer *vocación*. Este último término nos reenvía a *vocablo*. Cuando el chico incorpora la palabra "mamá", lo que incorpora es la posibilidad de llevar ese nombre consigo a través del mundo, sin el peso de la madre. La diferencia entre tentación y vocación tiene bastante que ver con esto. ¿Por qué pongo énfasis en hablar acerca de lo obsceno? En parte porque es un elemento importante de la crueldad, pero sobre todo porque reenvía a una cuestión fundamental como es la del lugar que ocupa la mirada, no ya en la vera crueldad, considerada desde la víctima que mira al que mira, sino en lo cruel, operación por excelencia de la mirada. Suelo traer a cuento en este punto lo ocurrido cuando abordé el tema por primera vez. Unos minutos antes de entrar al lugar donde estaba previsto que iba a hablar, había dejado el coche un poco lejos, iba caminando y me encuentro con un hombre de unos cuarenta, cuarenta y cinco años, vestido con ropas de oficina, llevaba todavía corbata, pero estaba todo orinado, sucio; probablemente había perdido el trabajo unos veinte días, un mes atrás y su cara de horror, de desesperación, de odio, era tal que me dejó impresionado. La gente seguía circulando y yo, quizá por el contexto en el que se producía ese encuentro, me pregunté: ¿Para qué le va a servir a este hombre la charla que voy a dar?

Allí, la operación de la mirada superó en mí algo fundamental como es la *connivencia* en función de la cual vivimos diariamente acompañando múltiples hechos crueles sin verlos siquiera, neutralizándolos con ese "lo" al que me refería. *Connivencia* quiere decir precisamente "ojos cerrados" o aún "niño cómplice"; es una palabra clave que nos indica el modo según el cual dejamos de ver la crueldad, la sustantivamos, pero no ya sólo en función de la defensa y la costumbre, sino en tanto opera la negación en el contexto propio de todo sujeto humano, universalmente dispuesto, en grados y calidades diferentes, a la crueldad. Para la mayoría, esa disposición se hace escotoma, punto ciego, y no vemos la crueldad. Se trata en este caso de algo que va más allá de la costumbre establecida ante el espectáculo de la crueldad, de la *connivencia* con él, en la medida que ese punto ciego se inscribe en el aparato psíquico.

Si bien no voy a desarrollar esto ahora, un aspecto fundamental en la práctica de un psicoanalista o de un psicoterapeuta es el de llegar a develar sus escotomas. Y no siempre resulta posible. A veces ese velo ha quedado establecido ya como una estructura en el psiquismo, al punto de llevar al sujeto a matar con la indiferencia, por ejemplo cuando no ve lo que está pasando con su paciente; comete así un acto cruel, más allá de la intención que lo anime.

Hay quizás una forma más doméstica de la crueldad, aunque algo apartada de ésta a la cual vengo refiriéndome. Consiste en el modo según el cual los analistas solemos enmascarar de abstinencia nuestra indolencia. Intervienen allí en general no sólo cuestiones éticas, sino con mucha frecuencia esos puntos ciegos surgidos en determinado pasaje

del material del paciente. Algo del dispositivo sociocultural donde está inmerso ese sujeto reactiva, vía el guiño cómplice, el de la *connivencia*, la propia crueldad.

Me importa aclarar aquí que la crueldad no se inicia inexorablemente en los comienzos de la vida de un sujeto, que puede pasar por muy variadas suertes. Así, pudo haber beneficiado del establecimiento pulsional que da pie a la protorepresión, frontera con lo instintivo, de una donación simbólica y un consiguiente escenario de ternura o pudo haber ocurrido lo contrario. Pero son los dispositivos ulteriores en los que el sujeto se va incluyendo -sociales, escolares, los que irán definiendo su condición de sujeto ético o de vero cruel. No podemos afirmar que se trate de una condición jugada desde los comienzos, porque entonces estaríamos sosteniendo una teoría instintivista y este individuo resultaría totalmente impune. Pero no es así. Hay una responsabilidad del sujeto en esto.

Para ir abordando ya más de cerca lo que entiendo como la infiltración del mundo asistencial por la crueldad, voy a recurrir a un ejemplo que escuché en Salta. Me lo contaba una colega de allá y para mí fue muy elocuente, porque después empecé a ver cómo se daba en muchos otros lados, bajo diversas formas.

Se trata de un hospital público y de la cola que desde muy temprano se ha ido formando a sus puertas, con la distribución de números entre los pacientes para ser atendidos. Entre ellos se encuentra una mujer, con claros signos de dolor en su cara y una actitud de inhibición. Después de varias horas de espera, le toca el turno, pero no logra expli-

carse del todo ante la empleada, que por su parte adopta una actitud arrogante. Por fin se aclara la situación: la expectativa de la paciente era ver a un ginecólogo, cuyo nombre indica. La empleada se dirige a una colega: "¡Otra mujer y ya van varias que no saben que el doctor fulano está de vacaciones!". Y le indica a la paciente: "Vuelva el lunes", sin darle ninguna otra alternativa. La mujer se va con su dolor.

Tenemos ahí otros afectos ligados a la mirada, como por ejemplo la arrogancia de esta persona, en función de la cual no ve el dolor de la paciente y se limita a discriminarla. No la deriva a la guardia ni busca ninguna otra solución. Simplemente le dice: "Vuelva el lunes".

Si bien no estuve allí y por lo tanto no puedo hacer sino conjeturas, esta arrogancia es la de quien se propone a la mirada de todos sin mirar, instalado en un saber canalla. Del otro lado, encontramos la vergüenza -que también tiene que ver con la mirada. No sólo la de esta paciente que en esta ocasión se va humillada, sino también la de quienes están allí y se refugian en el silencio, espían la escena pero no intervienen, para no restarle chances a su propio número. Ese es el tercero que falta. Habrá también quien reaccione protestando y quien, después de haberse mantenido en la pasividad, va a contar el episodio, lo va a cuestionar y va a sostener toda una actitud bien pensante. En esto consiste lo que doy en llamar ética de la abstinencia, por cuanto deja afuera toda acción, toda intervención.

Esa mujer que va a pedir algún paliativo para su dolor se encuentra en una encerrona trágica, en la medida que su demanda la pone en dependencia de una institución que la

maltrata. No hay allí tercero de apelación, sino de complicidad. Lo encontramos ya sea en quienes la buscan directamente o en el guiño de connivencia de quienes miran y callan o de quienes miran pero no se muestran, no se exponen a la mirada.

Este es otro punto importante, por cuanto lo cruel va creando en nosotros una ética de la abstinencia en función de la cual hablamos desde un supuesto lugar de bien pensantes y es allí donde viene a instalarse, en lo que me concierne, esa pregunta: ¿para qué le va a servir esta charla, las casi veinte que he venido dando, a este pobre hombre que crucé en esas condiciones?

La primera de estas presentaciones a las que vengo refiriéndome, quizá porque yo fui más eficaz o estaba menos aburrido, mereció ser aplaudida; me dije entonces: "A mí me sirve para la vanagloria...". En el debate que la siguió procuré abordar esto y después de contar la historia venida de Salta, alguien aportó su testimonio, extraído del trabajo que había realizado en el área de cuidados paliativos para enfermos terminales. Esta persona decía saber que era posible reorganizar esos servicios disminuyendo su costo y aumentando su eficacia, pese a lo cual no había logrado nunca que fueran aprobadas las propuestas que acercó a los organismos oficiales para que adquirieran un estatuto a nivel municipal o nacional. Después de escuchar el testimonio de esta persona, pude decirme: "Para esto sigo hablando yo, para hacer masa crítica". No para levantar una bandera, sino para ir creando en el nicho ecológico de cada subjetividad esto que les decía me pasaba a mí cuando creía haber acumulado dieciocho derrotas -o más grave aún, dieciocho fracasos- y sólo después me

daba cuenta que no era así, que había una apertura en la gente gracias a la cual se iba creando pensamiento crítico. Quiero agregar algo más sobre el tema, que comporta una cierta complejidad: la crueldad *sucede*, esto es, a lo largo de los siglos y según el modelo del pensamiento deductivo, opera por sucesión. El pensamiento crítico, por el contrario, *acontece*, es un nuevo episodio que inaugura un linaje distinto en el pensamiento, ya no depende tanto de lo anterior, sino de aquello que comporta una proyección, una perspectiva de futuro.

Para terminar -cosa que no me resulta fácil-, voy a contarles otra historia. Después de aquella primera charla, se me había ocurrido proponerle a la gente que obviara los aplausos. Me inspiraba en el relato que me había hecho mi amigo Gilberto Gismondi, cuando tuvimos la ocasión de cruzarnos en Brasil. Él venía de la Amazonia, donde había pasado un tiempo en un pueblo aborigen muy primitivo. Tenían como característica mayor la de ser músicos, tocaban flautas de construcción rudimentaria. Mi amigo tocó la flauta que él había llevado durante horas y a medida que el tiempo transcurría, la gente del pueblo se iba congregando. Cuando terminó, se retiraron en silencio. Gilberto le preguntó al guía: "¿Qué curioso, no? Porque aparentemente estaban conformes, no manifestaron nada que indicara lo contrario..." El guía le explicó que esa era la costumbre allí: la gente se va con la música.

Este es el sentido de los puntos suspensivos. Claro que Gilberto tuvo como gratificación, al día siguiente, ser despertado por un coro de flautas. Yo no voy a estar en el hotel mañana, sino tal vez, quién sabe...

NOTAS META-INSTITUCIONALES: EL CONCEPTO DE COEFICIENTE DE TRANSVERSALIDAD Y SU APLICACIÓN

Ana del Cueto

Una de las especificidades del análisis institucional es su encuentro con grupos múltiples y heterogéneos unidos en una actividad concreta., que tienen en los dichos y en los hechos una misión que cumplir no siempre explícita para todos. En general estos grupos no son elegidos como tales por los actores institucionales. Cuestiones como la circulación del poder, sus constelaciones mudas y sus juegos, el coeficiente de transversalidad de sus grupos, el dinero, el ejercicio de los roles y sus violentaciones, la circulación del deseo y sus flujos libidinales, son analizadores sensibles al análisis institucional y a través de ellos se expresan las producciones institucionales. Estos analizadores se dan en la intersección que se produce entre el campo de análisis y el campo de intervención en el dispositivo analizador creado artificialmente por el analista institucional.

El dispositivo de Asamblea General Socioanalítica junto con la utilización del Psicodrama en adelante Asamblea General Socioanalítica Psicodramática AGSP, intenta "permitir el análisis". Es en este "entre" que se va instalando el análisis institucional a través de un dispositivo de intervención, la Asamblea General, que es a su vez un dispositivo analizador. Allí es donde va a ocurrir el análisis institucional. Es en